

Tiempo es de que nos ocupemos de su labor histórica. Para el caso vamos a copiar íntegro el prólogo que escribió él mismo a su obra *"Descubrimiento y Conquista de Yucatán,"* donde nos relata con una sencillez que cautiva y una sinceridad que emociona cómo el insigne yucateco comenzó a tener amor por los estudios históricos y los desarrolló con el tiempo. Veamos lo que dice:

*"Queremos que antes que el benévolo lector empiece a hojear esta historia, conozca el origen que tuvo el pensamiento de escribirla y la manera cómo se llevó a cabo, para que así mire con benevolencia el trabajo, y no lo sujete a los rigores de estricta y severa crítica.*

*"Habiéndonos tocado la dicha de nacer en este rincón de tierra que, cuanto más desolado y estéril es, con más tenacidad se le ama y adora, los vientos de la adversidad trajeron a nuestros padres a la capital del Estado, en donde despedía los postreros destellos de su brillante inteligencia el gran patriarca de la literatura yucateca, el ilustre e inmortal Don Justo Sierra, talento extraordinario que llenó con su esplendor la vida literaria de Yucatán en la primera mitad de nuestro siglo. Escudriñador incansable, e infatigable en el estudio, derramó olas de luz en nuestra historia, antes casi desconocida. Quiso la suerte que empezásemos a crecer en un medio en el cual las muestras de respeto que se rendían en sus últimos días al preclaro maestro y eminente sabio constituían reverente y amoroso homenaje que le tributaban de consuno la nueva generación naciente y el grupo escogido de sus amigos contemporáneos. Sus enseñanzas eran escuchadas con emoción; sus palabras conservadas como un tesoro; sus pensamientos, ya entonces revestidos de esa solidez y perspicacia que dan las vislumbres de los rayos de la eternidad que se aproxima, eran meditados y estudiados como axiomas lumínicos por la juventud ávida de saber, y que pugnaba por alcanzar los ideales nobles y levantados que el grande hombre hacía relucir ante su inteligencia e imaginación. Nosotros, to-*

*avía en los primeros albores de la juventud, no pudimos disfrutar la dicha de ese círculo de admiradores entusiastas que rodearon a nuestro eminente estadista e historiador en sus últimos años; pero llegaba hasta nosotros el eco de su palabra, el reflejo de sus pensamientos, y el calor del entusiasmo que hacía nacer en los corazones. Sin tomar parte en ellos, por nuestra edad, escuchábamos en silencio los comentarios y elogios que en torno nuestro se hacían de sus obras, las alabanzas de sus grandes méritos, y las sentidas lamentaciones de la pérdida que iba a hacer el país con la temprana muerte de aquel que, como literato, cultivó las letras en los géneros más difíciles; como jurisconsulto, estableció los fundamentos de nuestra moderna legislación, y como historiador, reveló la clave para escribir nuestra historia. De aquí es que el cariño hacía esta gran figura de nuestra historia patria se despertó en nuestra alma con los más vivaces sentimientos de nuestra juventud, y ha conservado su mismo vigor a través del tiempo que todo lo modifica. Por esto nos aficionamos desde muy temprano a la lectura de las obras del Dr. Sierra, y su influencia se ha hecho sentir en nosotros con la misma eficacia que tuvo en todo Yucatán en la última década de su vida.*

*“Uno de los efectos más notables que produce la lectura de las obras del Dr. Sierra es arrastrar al lector, como con atractivo indeclinable, con seducción invencible hacía el estudio de la historia y arqueología de Yucatán. El entusiasmo por la historia del país, que se desborda en todas las obras del Dr. Sierra, es comunicativo, y creo que casi no habrá habido lector suyo que, después de haber pasado horas deleitosas sobre las páginas de sus obras, no se haya sentido arrebatado del deseo de estudiar la historia de Yucatán, desentrañando sus ocultos secretos y reconstituyendo la trama de sus recónditos y olvidados sucesos. Esta misma pasión sentimos nacer en nuestra alma al contacto de los libros históricos del Dr. Sierra, y, al leer sus narraciones impregnadas de*

ese aire del venerable pasado, quisimos ser participantes de esa delicia que se siente en abstraerse del presente monótono y en vivir en compañía de los muertos, desenterrándolos de sus enmohecidos sepulcros, y haciéndolos desfilar ante la contemplación de nuestro espíritu, revestidos con el ropaje de su época, y viniendo a sujetar a nuestro juicio sus hechos, ya no velados por los ambages del amor propio, ni cubiertos por el oropel de la adulación, sino descubiertos y desnudados por el escarpelo de la crítica histórica. Empezamos a escudriñar los archivos, a comparar las crónicas y a pasar por el tamiz de un juicio sereno e imparcial, sucesos notables de nuestra historia; pero, aunque enardecidos por el entusiasmo, obligaciones sagradas nos arrancaban de tareas tan agradables, por la precisión de consagrar nuestro tiempo a las arduas labores del foro, en donde debíamos buscar nuestro sustento y el de nuestra familia. Con harto pesar nos vimos obligados a renunciar a la idea de escribir una de esas obras de grande aliento que ocupan toda la vida; no obstante, nuestra afición a la historia patria era tan irresistible, que no pudimos negarnos el placer de dedicar algunas horas a las investigaciones históricas. A esto nos ayudó también la convicción profunda que abrigamos de que todo hombre, si quiere hacer su vida útil y agradable, sea cual fuere la profesión que haya abrazado, debe reservar algunas horas en el año y consagrarlas al cultivo de alguno de los ramos de la ciencia; estas horas acumuladas en el transcurso de la vida son productoras de un bien provechoso al individuo y a la sociedad; elevan el alma de la prosa rastrera de las tareas cotidianas a un nivel más elevado, y hacen gozar la inefable suavidad de los placeres intelectuales. Escogimos, con este objeto, el ramo de la historia patria, y ya que no podíamos entregarnos del todo a tan agradable trabajo, por lo menos nos propusimos estudiar determinadas épocas y publicar el fruto de nuestros humildes trabajos en la forma de cuadros históricos. Así

conseguimos dar a luz la vida del conquistador Gómez de Castrillo, y la monografía sobre el Conde de Peñalva, una de las personalidades más célebres y más discutidas de la época colonial.

“Después de la publicación de esta última obra, estuvimos vacilando en la elección de nuestro tema de exploración histórica, hasta que los consejos de nuestro hermano D. Audomaro Molina, que bebió en las mismas fuentes la misma pasión histórica y arqueológica, nos hicieron fijar la vista en el descubrimiento y conquista de Yucatán, como asunto muy digno de investigaciones cuidadosas, atendido que allí debíamos encontrar los orígenes de nuestra raza, de nuestro estado social y de nuestra civilización con todos sus defectos y virtudes. Nos alentó aun más en nuestro propósito, un incidente: llegó afortunadamente a nuestras manos la magnífica obra que el admirable literato D. Vicente Riva Palacio escribió sobre la época colonial, y leyendo lo que en ella se encuentra concerniente a la conquista de Yucatán, quedamos sorprendidos del juicio que hace de los historiadores de la conquista, al expresarse como sigue: “Los acontecimientos de la conquista y pacificación de Yucatán están envueltos en gran oscuridad, por falta de cronistas que en tiempo oportuno, y con seguros datos, escribieran las marchas, combates, progreso y establecimiento de las tropas españolas; porque, aun cuando hay historiadores que se ocupan de la península especialmente, no puede dárseles crédito alguno en los detalles, cuando ignoraban hecho tan importante como el de que Montejo estuvo ausente de aquella tierra desde 1533, por lo menos, hasta 1548, y a cada momento hablan de él suponiéndolo ya en Yucatán, ya en Tabasco, y lo que es más grave, hasta llegando con una expedición sobre los mayas, en los momentos en que vivía tranquilo en la capital de Nueva-España, en Ciudad-Real, o en la ciudad de Gracias a Dios.” Estas palabras del eminente historiador nos revelaron una senda inexplor-

*rada, y nos sirvieron de enseñanza y guía, que nos apresuramos a aprovechar. Abrazamos con interés la tarea de estudiar esta época de nuestra historia, con el mismo ardor con que un estudiante aplicado se engolfa en el estudio de las ciencias estimulado por la voz del maestro que le dirige y le señala el punto cierto en donde terminarán sus trabajos: era tentador tratar de disipar esas oscuridades apuntadas, descubrir y narrar la verdad acerca de una empresa tan esforzada como llena de peripecias, y que tan íntimamente nos toca, pues que se refiere a la vida de nuestros padres, de los que pusieron la primera piedra de nuestro edificio social, la primera simiente de nuestro carácter moral, las primeras líneas de nuestra organización política. Nos pusimos a la obra, y el resultado de ella es la que presentamos a nuestros compatriotas, con la súplica sincera de que al juzgarla se fijen más en las buenas intenciones que nos guiaron, que no en sus condiciones y naturaleza. En nuestros trabajos recibimos auxilio eficaz y meritorio de la cooperación inteligente de nuestro respetable amigo el Señor Don Antonio Llamosas que nos proporcionó muy buenos documentos que ahora poseemos, y de nuestro querido hermano Don Audomaro Molina cuyo criterio nos sirvió de guía en muchas ocasiones. A ellos dedicamos la obra, en homenaje de gratitud."*

○ Aquí don Juan Francisco Molina Solís hizo bellamente la génesis de su carrera como historiador. Nos ha descrito cómo nacieron sus aficiones y les dió curso. Veamos ahora el desenvolvimiento de ellas, estudiando la producción admirable de este genio yucateco en la historia! Es asombroso ver lo que trabajaba este hombre prodigio! Podíamos preguntar con Plinio: "*si no debería creerse que no tuvo otras obligaciones ni cultivó la amistad de sus semejantes.*" Pasma, en verdad, que ni aun las ocupaciones inherentes a su profesión, a los altos cargos que desempeñó, a los cuidados de una larga familia, háyanle impedido atesorar tan vasto caudal de

conocimientos en materia tan difícil como es la Historia, que requiere tanta paciencia, tanta consagración y tanto esfuerzo para iluminar investigaciones en pergaminos difíciles de leer, en ese mare-magnum de datos, nombres, fechas, incidentes, hechos, luchas, pleitos, guerras, convirtiéndose en juez, en fiscal y en defensor. ¡Admirable es, sin duda!

De nuestras investigaciones hemos podido averiguar el orden cronológico de sus trabajos históricos. Relatémoslos:

Después de publicar, en los periódicos que hemos citado, algunos estudios históricos que son como los primeros pasos del infante que comienza a caminar, publica en 1879, en "El Semanario Yucateco," su primer estudio en forma, titulándolo "*Fray Diego de Landa.*" Sucedió que por aquellos días habíase publicado la "*Historia de Yucatán,*" escrita por don Eligio Ancona, y en donde el autor cometió muchas injusticias al presentar históricamente al discutido Obispo Landa. *Molina*, en su trabajo, lleno de una serenidad y armado con poderosos argumentos, refutó victoriosamente varias de las apasionadas aseveraciones de Ancona.

En el año de 1881 publicó en el mismo periódico su trabajo "*La Casa de Estudios.*" En ella refiere con estilo literario la historia de una de las épocas más dignas y hermosas del recuerdo de todo buen yucateco que ame a su patria. Allí hizo una bellísima profesión de amor patrio al evocar la memoria de aquel noble grupo de yucatecos que desde las aulas del Seminario comenzaron a idear la emancipación política de Yucatán, al abordar la libertad de criterio en la escuela de filosofía de don Pablo Moreno. Figura de la emancipación política de Yucatán, obra precursora suya, fué esa arriesgada aventura de producir una excisión en las aulas del Seminario, para fundar una escuela libre que llevó por nombre "*La Casa de Estudios.*" *Precisamente nos hallamos en la casa donde estuvo el histórico sitio de la "Ca-*

*sa de Estudios.” Aquí en esta elegante mansión del Licdo. don Manuel Zapata Casares estuvo la célebre “Casa de Estudios,” residencia entonces de don Pantaleón Cantón y Tovar. ¡Histórica casa que tuviste en tus ámbitos a esa falange de iniciadores de nuestra libertad política! ¡Aquí tuviste a Lorenzo de Zavala, a Pablo Moreno, al célebre Padre Justis, don Manuel Jiménez Solís! ¡Aquí el 12 de mayo de 1813 abriste tus puertas a una aguerrida legión de jóvenes sedientos de saber y de libertades! En estos momentos en que rendimos homenaje de gratitud al eximio historiador Molina Solís, que hizo en una de sus mejores obras la génesis de esta noble Casa, muy digno es de traer al recuerdo lo que nos revelan sus mudas murallas, portadoras de una evocación de más de cien años de historia, dentro de su memorable recinto. ¡Si hablaran, cuántas gratas reminiscencias nos refirirían cada una de sus piedras!*

Continuemos. En 1885 publicó en un folleto, en la Imprenta de “La Revista de Mérida,” su “*Vida del Conquistador Gómez de Castrillo.*” En ella hace una justa defensa de la Conquista Española de Yucatán, presentándonos históricamente a uno de sus mejores caudillos, con una evidente realeza de hechos, que atestiguan la grandeza de los conquistadores que fundaron al pueblo yucateco. Escogió uno de los mejores tipos de los soldados cristianos del siglo XVI que poblaron Yucatán y al demostrar la bondad del carácter, la humanidad del heroísmo y las virtudes del guerrero, supo el autor, con gran aplauso, dar un vigoroso paso hacia adelante, desechando los obstáculos de prejuicios políticos que aun pretendían consagrar en las páginas de la historia del pueblo yucateco el odio inveterado a la raza conquistadora que civilizó y pobló a América, el odio, sí, el odio eterno a la Madre España, denigrando su gloriosa memoria como una vulgar invasora e insaciable explotadora de sangre y riquezas. *Molina Solís* arrancó el más cálido aplauso por esta nobilísima de-

fensa, y desde entonces su personalidad de historiador comienza a obtener la talla de lo admirable. Con este citado trabajo biográfico inicia una preciosísima vindicación histórica, vislumbrada desde su trabajo "*Fray Diego de Landa*," que ya hemos citado, rindiendo así homenaje a la justicia y obligándose noblemente para con la verdad.

En 1889 publica, en la misma imprenta que la anterior, su magistral estudio "*El Conde de Peñalva*." Es el que con formidables bases científicas le da ya nombre como historiador en toda la fuerza del sentido del vocablo. Fué el inexorable ariete que lanzó lluvia de argumentos incontrastables para derrumbar las murallas de falsas leyendas que pretendían cobrar derechos de realidades históricas hasta en el criterio de autores vernáculos de prestigiada fama. *Molina Solís*, con este supremo esfuerzo, con este gesto original, con este destello de su genio, supo ir más allá del prestigio que gozaban sus precursores en la labor histórica de su patria.

Ya bien templado su intelecto con estos brillantes ensayos comienza a idear la obra que estaba destinada a ser la magistral de su pluma, la obra que al salir de su vigorosa mentalidad resultó superior a todas las que hasta hoy se han escrito. Aun superior a la que el mismo autor concibió, porque su modestia no llegó a comprender la fuerza de su genio de historiador. Por consejos y sugerencias de su hermano don Audomaro, trató de escribir la historia completa de Yucatán. D. Audomaro, en su viaje a Europa el año de 1889, había tenido oportunidad de visitar el Archivo de Indias, en Sevilla. Hombre cultísimo, de gran talento, consagrado a los estudios, revisó allí mismo preciosa documentación concerniente a la historia vernácula, y en ella descubrió muchas informaciones nuevas que lo ilustraron. Vuelto a Mérida participó a su hermano *Juan Francisco* lo que había descubierto en los archivos españoles. Por conducto de don Antonio Llamosas, comerciante español,

con residencia en Madrid, que tenía relaciones comerciales con la casa mercantil de O. Molina & Co., se pidieron copias de documentos. Y así fué formándose el venero de donde había de salir más tarde la preciosa joya de la mejor de nuestras historias. Antes de iniciar estos trabajos el autor comenzó a preparar una biografía del Mariscal don Antonio de Figueroa y Silva, Capitán-General de Yucatán, (1) figura muy interesante de la época colonial, y en el curso de esta labor, le dominó la idea de escribir la historia completa de su provincia natal, idea, que como él mismo dice en su referido prólogo, ya desde sus años juveniles había cruzado por su espíritu. La vuelta de Europa de su hermano don Audomaro, las insinuaciones reiteradas de éste, los testimonios de tantos datos descubiertos, de tantos documentos inéditos obtenidos, el estudio de estos y la confrontación de todos los conocimientos con los proporcionados en la obra de don Eligio Ancona, la única que hasta entonces se había escrito en forma de estudio completo de la vida de Yucatán, llenó de gran ánimo a don *Juan Francisco* para consagrarse a tan magna tarea. Todos los domingos, a mediodía, se dirigía a casa de su hermano don Audomaro, casa número 469 de la calle 63, en donde en compañía de éste, se pasaba largas horas estudiando, discutiendo y formando la gran obra. Gastó gran parte de sus honorarios de abogado, distrayendo, también, buena cantidad de su peculio, en obtener de los archivos de España copias de documentos valiosísimos. D. Audomaro, seguramente, fué el primer yucateco que tuvo la gran oportunidad de visitar el riquísimo Archivo de Indias, de abrir los viejos infolios de seculares pergaminos que refieren la vida de pretéritas épocas de nuestra tierra, conservados en esa portentosa alacena que se denomina Archivo de Indias. Trajo a su hermano las noticias, y este con su brillante talento estudió los índices de docu-

---

(1)—Esta obra no se publicó.

mentos, seleccionó información y pidió fueran copiados. También ocurre a los Duques de Alba, Fernán- Núñez y de Montellano, descendientes los tres del Adelantado de Yucatán don Francisco de Montejo, con residencia en Madrid, y estos le proporcionan copias importantes de los documentos que se guardan en sus archivos y magníficas bibliotecas. Lentamente fué escribiendo la obra. Consagra años enteros a sus documentos, medita profundamente, y como los clásicos ascetas de los conventos renuncia a todos esparcimiento, diversión, descanso y por mucho tiempo no ve ni la luz del día. Está consagrado de lleno, día y noche, a sus nobles trabajos históricos. Allí está con las pestañas contando letra por letra, descifrando datos, fechas, ejerciendo su criterio, revisando argumentos, en busca constante del destello más esencial de la luz de la verdad histórica. El año de 1896 se publica en la Imprenta y Litografía de Ricardo Caballero la "*Historia del Descubrimiento y Conquista de Yucatán.*" Después de seis años de trabajos infatigables, dignos de un héroe, sale a la luz el fruto de tantos desvelos. La dividió en cuatro partes: "*Reseña de la Historia Antigua de Yucatán,*" "*El Descubrimiento,*" "*Situación de Yucatán al Tiempo del Descubrimiento*" y "*La Conquista.*" No en vano había laborado incansable el autor, pues la obra de sus constantes esfuerzos salió radiante de luz, completa en su documentación, docta en su información y cristalina en la verdad. Se publicó en un tomo voluminoso, que, luego, para comodidad de la lectura, se dividió en dos, como es usualmente conocida hasta hoy. La edición fué costeadada por su hermano don Olegario Molina.

Sin embargo de lo bien documentada, su querido y venerable maestro, el gran Obispo de Yucatán, el ilustre y cultísimo historiador, Sr. Dr. don Crescencio Carrillo y Ancona, le refuta el dato que proporciona en su obra referente al primer Obispado de Yucatán. Se suscita con este motivo una ruidosa polémica entre maestro y disci-

pulo. Y de ella sacamos hoy en claro que, si bien es cierto que al descubrirse Yucatán por Francisco Hernández de Córdova, en 1517, la Santa Sede instituyó el Obispado Carolense para la Isla de Nuestra Señora de los Remedios, al llegar el Obispo agraciado, Fr. Julián Garcés, se halló que la colonia española que se intentó establecer en Yucatán, que se creía "Isla" y se le denominó "de Nuestra Señora de los Remedios," se había ya fundado en el Seno Mexicano, teniendo por lo tanto que ir el prelado a Tlaxcala a ejercer allí su mitra. Este fué el primer Obispado de la Nación Mexicana. Y este era el argumento del Sr. Carrillo y Ancona para refutar a *Molina Solís*, quien asentaba que después de la conquista de Yucatán, realizada por Montejo, en 1542, se había instituído el Obispado de Yucatán. Juzgando históricamente, la razón estaba de parte de *Molina Solís*, pues el Obispado Carolense siguió en Tlaxcala, sucediéndose los obispos después del Sr. Garcés hasta los que hoy son arzobispos de Puebla. Más tarde, *Molina Solís* tuvo oportunidad de hallar en el Archivo de Indias la bula expedida por el Papa Pío IV en donde se erigió el primer Obispado de Yucatán. Esta bula la publicó *Molina* en el primer tomo de su siguiente obra: "*Historia de Yucatán durante la Dominación Española.*" Este documento dió el triunfo decisivo a *Molina*. En la bula no se refiere absolutamente ningún dato que nos haga ver que anteriormente había sido instituído el Obispado de Yucatán, antes expresa que se verificaba una fundación de obispado en un lugar donde no había. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que pretenda yo demeritar aquí el gran prestigio de Carrillo y Ancona como historiador. Muy noble y eminentemente memorable era su gran propósito patriótico de ganar para Yucatán la gloria del primer obispado mexicano, pero la verdad histórica estaba a todas luces de parte de *Molina Solís*. Este, en un arranque muy noble, y muy espontáneo, rindió pleitesía a su prelado, renunciando a continuar la polémica.

mica en momentos que ya se rayaba en apasionamiento por ambas partes, no sin defender *Molina* en esta renuncia los justos derechos que le asistían. Poco después, él mismo se acercó a su maestro y prelado, y arrodillándose para besarle su anillo pastoral, aquel gran Obispo Carrillo y Ancona no lo permitió, sino que levantándolo lo abrazó efusivamente a su pecho. Así terminó noblemente una contienda célebre entre dos yucatecos igualmente sabios.

El año de 1897 publicó bajo el título de "*El Primer Obispado de la Nación Mexicana*" un libro que contiene su polémica con el Ilmo. Sr. Carrillo, uniendo este trabajo con otros ya citados y varios artículos ya publicados en la prensa. Entre éstos hallamos los siguientes: "*Artículos sobre la Historia Antigua de Yucatán:*" "*Ruina de Uxmal,*" "*Fundación de Maní*" y "*Yucalpeten no fué el nombre antiguo de Yucatán.*" En los tres refuta brillantemente al Ilmo. Sr. Carrillo varios trabajos relativos al antiguo Yucatán.

Entre los años de 1898 a 1900 publicó su trabajo biográfico sobre un yucateco muy ilustre, héroe de Chapultepec, "*Don Juan Cano y Cano.*" Fué dado a conocer en una velada del "Círculo Católico," cuyo local se hallaba en la casa Núm. 502 de la calle 62. También pronunció en el seno del "Salón Literario" su estudio "*Las sociedades literarias de Yucatán, desde 1810 hasta 1870.*" A juicio de uno de sus biógrafos, Gustavo Martínez Alomía, en "*Historiadores de Yucatán,*" "*es un trabajo notable, digno de su autor y de su objeto.*" El "Salón Literario" se reunía en casa del Dr. don Adolfo Patrón Martínez, casa Núm. 525 de la calle 59. Publicaba esta sociedad una revista, con el mismo nombre de "Salón Literario," y allí se dió a conocer este último trabajo de *Molina Solís*.

En el mes de mayo de 1901 salió don *Juan Francisco* para Europa. Tuvo, entonces, oportunidad de visitar el Archivo de Indias. Descubrió el documento que le dió el

triumfo en la célebre polémica que sostuvo con el Ilmo. Sr. Carrillo y Ancona: la bula de erección del primer Obispado de Yucatán, expedida el 16 de noviembre de 1561 por el Papa Pío IV, que como hemos dicho antes fué la decisión en la controversia. Examinó personalmente varios documentos y señaló los que le parecían útiles y convenientes para continuar sus trabajos en la historia de Yucatán, bajo el dominio español, que ya comenzaba a preparar. Vuelto a Yucatán, en octubre del mismo año, se dedicó a las labores consiguientes. El año de 1904 publica el primer tomo de su "*Historia de Yucatán durante la Dominación Española.*" Se editó en la Imprenta de la Lotería del Estado. Abarca este volumen desde la destitución del Adelantado, donde terminó su II tomo de "*Descubrimiento y Conquista de Yucatán,*" hasta terminar el siglo XVI. El año de 1908 va por segunda vez a Europa, llevando a sus hijos a estudiar en colegios de Inglaterra, y para traer de España más documentación. El año de 1910 publica, en la misma imprenta, su II tomo de esta segunda parte de su historia: "*Historia de Yucatán durante la Dominación Española.*" En este volumen abarcó todo el siglo XVII. El año de 1913, en la misma imprenta, sale su III tomo y último sobre esta misma parte de la dominación española. Abarca este volumen todo el siglo XVIII y los veinte y un años del XIX que precedieron a la Independencia.

No sólo fué digna continuación de la parte primera de su historia, sino que en muchos conceptos adquirió aquí su autor mejores perfiles en su genio admirable. A la poderosa luz de su investigación se desplomaron más falsas leyendas, consejas y patrañas de que abundaba nuestra deficiente historia colonial. *El asesinato del Conde de Peñalva por manos alevosas de una mujer yucateca, que la fantasía novelesca de don Justo Sierra y de don Eligio Ancona consignaron en sendas obras históricas, las también leyendas absurdas de la visita del Capitán-General Campero a las doce de la noche a la*

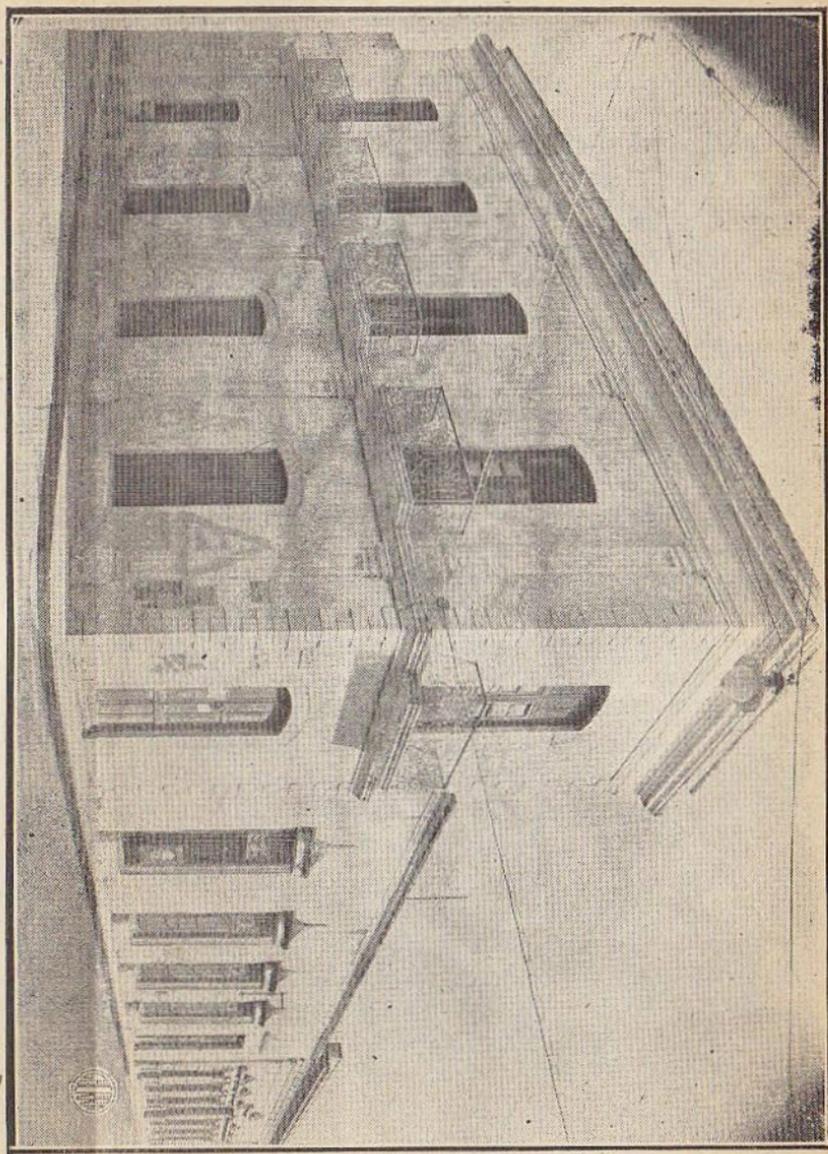
*Catedral, donde víctima de espíritus malignos sufrió frío hasta morir, el asesinato del Obispo de Yucatán, don Juan de Escalante y Turcios de Mendoza, que se dice perpetrado por los frailes franciscanos en Umán, la llegada misteriosa de los dos hermanos Pacheco Zapata a purgar en Yucatán su horrible delito de incesto por penitencia impuesta por el mismo Papa, otros muchos crímenes, asesinatos, envenenamientos, actos de brujería, aventuras de duendes, inventados todos por el frenético delirio de hacer novelas, la errada identificación de nombres, malas fechas y falsos datos mil y otras muchas grandes mentiras y abominables falsedades de nuestra historia vernácula, cayeron hechas pedazos despreciables por los potentes rayos del saber y de la investigación de Molina Solís. En las páginas de estos tres tomos todo es luz, todo es imparcialidad serena, todo es verdad acrisolada por una dilatada meditación y un profundo estudio de investigación. Allí podemos beber de sus fuentes aguas cristalinas de historia para saber cuál es la verdad de nuestra época colonial, tan discutida y tan calumniada, y así poder decir a esos falsos impugnadores de profesión que mienten cuando nos hablen de novelescos sucedidos como hechos históricos.*

Fué tan grande la labor, tan inmensa la tarea que desempeñó *Molina Solís* en estos trabajos, que gastó energías e hirió seriamente su salud. Enfermo de tanto trabajo, de tanta fatiga, de tanto desvelo, le prescribe su médico el reposo por muchos años. Muy triste cumple el mandato, pues tiene que abstenerse de lo que es el objeto de sus amores: el estudio.

Pasan varios años, y recobrada la salud, retorna impaciente a sus tareas. Pero ya esta vez lo habían alcanzado las nieves de la ancianidad. Sin embargo, no cede y se lanza denodado a seguir la labor histórica. El año de 1921 el culto historiógrafo y viril periodista yucateco, gran amante de los anales vernáculos, don Carlos R. Menéndez, le publica su I tomo de la "*Historia de Yu-*

*catán desde la Independencia de España hasta la Época Actual.* Termina este volumen con la iniciación de la Guerra de Castas. Pero ya no es la fuerza de la plenitud de la vida que escribió antes las mejores páginas de nuestra historia. No obstante, le restan admirables impulsos, sobrehumanos, y sale triunfante a la palestra. El II tomo de esta última parte de su "*Historia de Yucatán*" sale en 1927, de la imprenta de la Compañía Tipográfica Yucateca, S. A., donde se publicaba el inolvidable "*Diario de Yucatán*," en la misma donde se publicó el I tomo anterior. Abarca este volumen desde la Guerra de Castas hasta la caída del régimen imperial en 1867. Admiración, qué digo, estupefacción causa al que lee estos tomos últimos, cómo un anciano que ya contaba cerca de los ochenta años de edad le quedaban nobles arrestos para escribir la historia de épocas sumamente agitadas de nuestra vida en Yucatán. Pero ya se nota la deficiencia. ¡Claro es! Son acontecimientos tan agitados que sólo una pluma fresca y nueva podía abordarlos. Ya el autor se muestra aquí como un sol que se apaga en su ocaso y sus rayos no tienen la fuerza con que irradiaba en el zenit de su brillante carrera. Pero admirable es, grandioso, el raro tesón, la férrea voluntad y la vitalidad de una mente anciana que saca esfuerzos donde no hay. Esta última parte de su obra resulta el crepúsculo de un astro que ya se pone, la pálida tarde de un día radiante de sol. Todavía intentaba continuar con otro tomo, para llegar hasta el año de 1902, en el que comenzó la administración pública de su hermano don Olegario. Recopiló interesantes datos, pero desgraciadamente el estado de su salud no le permitió clasificarlos, ni escribir no pocas informaciones verbales que poseía y que se llevó a la tumba.

Se acerca el fin de la jornada. *Y aquel noble caballero que todo el curso de su benemérita existencia fué un tesoro de virtudes, aquel varón de porte venerable, de aire distinguido, de amabilidad exquisita, de conversa-*



La casa donde vivió muchos años, tuvo sus oficinas de abogado, y murió en Mérida el prócer de los historiadores yucatecos.

*ción amena, de serenidad imperturbable, de mentalidad selecta, de privilegiadas maneras clásicas, de ambiente que todo respiraba modestia, de sentimientos profundamente cristianos, de intelecto escogido, de fatigas incansables, de obra genial, ofrece su pluma en holocausto devoto a los pies del altar, arrodillándose ante la Majestad Divina de su Creador. Su religiosidad fué admirable. Es en Yucatán uno de los más bellos paradigmas de la Religión del Crucificado, que profesó ascéndradamente. Fué un católico de verdad, de los que honran a la religión.*

Al amanecer el domingo 24 de julio de este año de 1932, en la casa Núm. 449 de la calle 59, de esta ciudad, donde residió casi toda su vida, sonrió cristianamente al despuntar la aurora, al sentir el ósculo de su Creador, que vino en busca de su espíritu, volando con él al infinito para gozar allí de la Suprema Luz, de la Suprema Verdad, de la Suprema Belleza, del Supremo Bien, del Supremo Hacedor, de que fué siempre un ferviente enamorado.

X X X

Los relieves de su personalidad quedan ya perfilados. Su obra histórica es la mejor que se ha escrito relativa a Yucatán. *Es la más fiel, la más íntegra, la más rica, la más informada, la más veraz, la más erudita, la más documentada, la más fecunda y la única en el propósito científico de la Historia. La inspiración que siguió fué la Verdad; el fin: la Justicia; el orden: el método concienzudo; el plan: la incorporación de los hechos para un conjunto uniforme, y el fruto: la unidad en el criterio, el criterio científico de la verdad.*

Su estilo literario es rígido y recto, no hay en él caprichosa galanura, ni floreciente imaginación, todo en él es frío, recto y enérgico. *Prefirió el cultivo de la verdad al lenguaje poético y ameno. Sujetó todo su estilo literario al plan científico, estrictamente histórico. Para él sólo había inspiración en la Verdad y en la Justicia. En*

*él está la manifestación más pura de la Belleza: la Verdad. Su nobilísima serenidad, fría e imperturbable, que lo hace llenarse de respeto en todos sus trabajos. La belleza de limpio mármol en que esculpió la vida de su patria a través de los siglos, tiene las más puras y radiantes formas, con una base sólida, férrea, irrefutable, de cimientos firmes, inmovibles: comprobación y documentación históricas. Su criterio es consecuencia genial de sus propósitos. Es la personificación de la Imparcialidad.*

*Haciendo el paralelo de su personalidad con las de otros historiadores de fama de nuestra tierra, la figura de JUAN FRANCISCO MOLINA SOLIS se agiganta sobre todas. El que con toda justicia ha merecido los privilegiados títulos de Padre de las Letras y Príncipe de los Ingenios de Yucatán, el preclaro DOCTOR DON JUSTO SIERRA O'REILLY, tenía, lo digo con toda sinceridad, más dotes de literato que de historiador. Es muy cierto que amó él, como el que más, el cultivo de la historia vernácula, pero no fué nada escrupuloso en confiarse ingenuamente en leyendas, tradiciones y consejas en que más abundaba la fantasía que la verdad. Es algo imperdonable en él que se dejara llevar por lo novelesco, por lo fantástico y llegara hasta tomar personajes históricos para bordar sus obras de ficción. DON ELIGIO ANCONA, poseído de un alma profundamente romántica, se dejó arrebatar por los entusiasmos de la imaginación, y con un estilo precioso, que subyuga, nos refiere en galante estilo literario la vida de Yucatán, pero no hay en él igual dosis de verdad, siguió a DON JUSTO y su obra histórica es más literaria que veraz, llena de pasión política, de la que no pudo sustraerse. La bibliografía que sirvió tanto a DON JUSTO como a DON ELIGIO son esas obras que más tienen de novelesco y de imaginativo que de autoridad histórica fiel y documentada. EL PADRE COGOLLUDO es más cronista de su Orden Franciscana que historiador, y, además, su*

obra adolece de las ignorancias y supersticiones que abundaban en esa época. DON SERAPIO BAQUEIRO ocupa un buen lugar como cronista, pero nada más. La única que puede rivalizar con la personalidad de MOLINA SOLIS es la de CARRILLO Y ANCONA. Tienen ambos iguales dotes del historiador genial, pero hay fases en que se distinguen. CARRILLO Y ANCONA cultivó mejor estilo literario que MOLINA SOLIS, es más ameno y dió algunos tintes floridos a su narración que la hacen muy agradable, sin sacrificar la verdad, pero MOLINA SOLIS, aunque inferior a CARRILLO Y ANCONA en estilo y forma literarios, es superior a CARRILLO Y ANCONA en serenidad y en juicio para extractar la esencia de los hechos y llegar a una conclusión. Ambos realizaron una obra monumental de depuración histórica: CARRILLO Y ANCONA con una pasión incontrolable y arrolladora y MOLINA SOLIS con una serenidad fría e imperturbable. Y en resumen: SIERRA es nuestro historiador novelesco y literario; ANCONA, nuestro estilista subyugador en la Historia, que cautiva con su bella literatura, pero errado en narraciones, en fechas, personajes y lo que es más imperdonable. defensor de su credo político, fin que persiguió en todo su criterio como historiador; BAQUEIRO, cronista, pero sin dotes de historiador; CARRILLO Y ANCONA, bello cultivador de una prosa exquisita, ameno y lleno de pasión que cautiva, defensor no muy imparcial de su religión, se dejó llevar, algunas veces de su criterio religioso, pero siempre dentro de las normas de la verdad, sus juicios algo apasionados; MOLINA SOLIS, el verdadero historiador imparcial, justo, veraz, el historiador científico de la VERDAD, la suprema expresión de la Belleza, el mejor y el más insigne de todos nuestros historiadores.

Así lo reconocieron sociedades distinguidas. La Real Academia de la Historia, de Madrid, España, le confirió sus títulos de Académico Correspondiente de

Yucatán, en su sesión del 6 de febrero de 1920, extendiéndole su diploma que firmaron el Director, Marqués de Lauvencín, y el Secretario, don Juan Pérez de Guzmán y Gallo. Antes, la Academia de la Historia, de La Habana, Cuba, en su junta del 11 de junio de 1915, lo admitió como Académico, suscribiendo las credenciales el Presidente, don Enrique José Varona, y el Secretario, don J. M. Dihigo. También el benemérito Instituto Smithsonian, que tiene su residencia en Washington, y se consagra a estudios de la historia antigua de América, le confirió sus títulos de Socio Distinguido. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de México, D. F., lo designó Socio Corresponsal con fecha 14 de julio de 1910.

Por todo lo aquí referido JUAN FRANCISCO MOLINA SOLIS es muy acreedor a ocupar un digno asiento en el Olimpo de nuestras legítimas glorias. Allí, nimado con aureolas debe permanecer para recibir siempre nuestros más dilectos sentimientos de gratitud. Su recuerdo es de los que jamás deben ser borrados del corazón y de la mente de todo buen yucateco. El heraldo de la fama tocará incesantemente con sus vigorosas trompetas las glorias y las virtudes de este gran hijo de Yucatán. El Yucatán culto, el Yucatán que vale, siente en su corazón una voz que dice: *Juan Francisco Molina Solís no ha muerto, vivirá siempre su memoria, fresca como una eterna rosa, porque las páginas de sus obras son bellos pétalos perfumados de inmortalidad esclarecida.* Su nombre está profundamente grabado con el de Yucatán, su nombre está arraigado impercederamente con la Historia del Pueblo Yucateco. Su luz es la de la mágica lámpara que tiene virtudes inextinguiblemente incandescentes para iluminar en los candelabros del prestigio los salones donde se conservan los mejores especímenes de la cultura yucateca. Su personalidad tiene todas las grandiosas formas graníticas del monumento. Y su memoria ha sido ya esculpida por el Hada de la

Inmortalidad en el pináculo del templo de los fastos nacionales con áureas letras, engarzadas con las verdes hojas de laurel de su fama inmarcesible y con los blancos lirios del dilecto amor de Yucatán agradecido para con uno de sus vástagos más eximios.

He dicho.

